

CAPÍTULO 1

Envejecimiento poblacional y desarrollo

Los cambios demográficos ocurridos en Costa Rica en las últimas décadas han tenido y tendrán en el futuro cercano importantes implicaciones que el país debe tomar en cuenta. El descenso del número de hijos que tienen las mujeres y el aumento en la esperanza de vida modificaron de manera importante la estructura por edad de la población. Este paso de altos a bajos niveles de mortalidad y natalidad tiene repercusiones sobre el peso relativo de los distintos grupos de edad. Al disminuir la mortalidad un mayor número de personas sobrevive hasta edades adultas y un mayor número de personas sobrevive hasta edades avanzadas.

Este período de tiempo en que aumenta la población en edad de trabajar es lo que se ha denominado bono demográfico y tiene importantes implicaciones en las posibilidades de desarrollo del país. La relación entre quienes están en edad de trabajar y quienes están en edades dependientes cambia favorablemente. Así por ejemplo en 1970 por cada 100 personas en edad de trabajar había otras cien en edades dependientes. Actualmente esta relación es de 48 dependientes por cada cien personas en edad de trabajar.

Este primer bono demográfico tiene su origen en que mientras esté aumentando la población en edad de trabajar, lo que ocurre es que hay un mayor aumento de productores efectivos que de consumidores efectivos. Este primer bono produce por un lado beneficios a los hogares: hay más perceptores de ingresos y las familias son en general más

pequeñas. Estos beneficios son los que disfrutamos desde hace casi dos décadas.

El segundo bono o dividendo demográfico se origina en el aumento de capital por trabajador que resulta de la acumulación en previsión de las necesidades de consumo en la vejez y la caída de los ingresos laborales. Para que ello ocurra sin embargo, la materialización del segundo dividendo demográfico depende aun más que el primero de ciertas políticas. Requiere, que las tasas de ahorro se mantengan por lo menos constantes o, que la propensión a ahorrar para la vejez se incremente ante la percepción de mejoras en la esperanza de vida.

La vinculación del proceso de envejecimiento con las posibilidades de desarrollo del país se basa en consideraciones posibles pero requiere de políticas públicas. Estas políticas, por acertadas que sean, no bastan por sí solas, pues su éxito depende del logro de las personas durante sus años de preparación y de participación en el sistema productivo. En otras palabras, son políticas que estimulan y hacen posible la previsión a largo plazo de las personas y de las familias.

Desde el punto de vista del comportamiento, ante la mayor esperanza de vida y el aumento del número de años que se viven después del retiro de la fuerza de trabajo, es de esperar que las personas tomen provisiones y aumenten su ahorro. Es difícil que eso ocurra, sin embargo, en ausencia de un sistema de pensiones sólido o de incentivos para mantenerse en la fuerza de trabajo, particularmente en el caso de las mujeres.

¿Por qué está aumentando la población de personas adultas mayores?

¿Por qué el 6 por ciento o casi 280 mil personas de la población de Costa Rica tienen 65 años y más? Y ¿por qué en el 2025 las personas de estas edades serán 600 mil y el 11,5 % de la población? La respuesta a estas preguntas equivale a explicar el proceso de envejecimiento poblacional que vive el país desde hace unas décadas y que se intensificará en el futuro (gráfico 1.1).

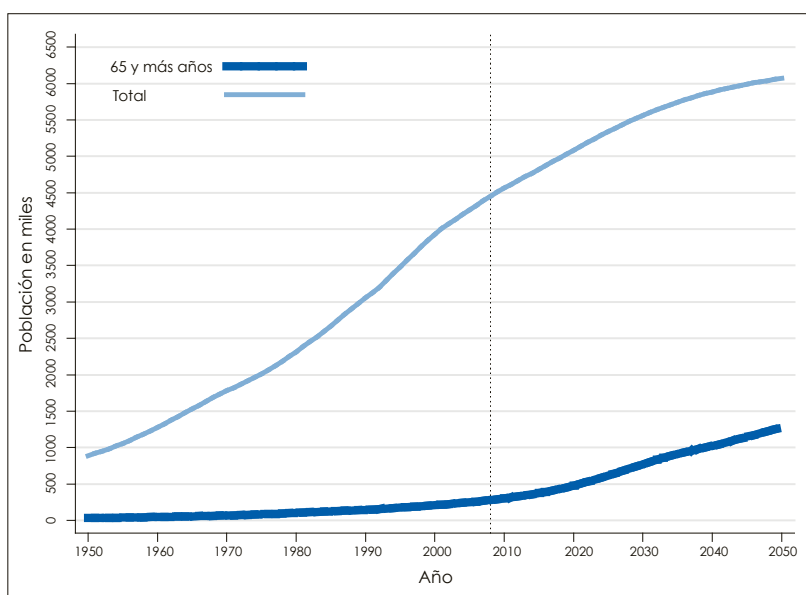
En primer lugar, quienes pertenecen hoy a la población de personas adultas mayores nacieron en 1943 o antes y debieron sobrevivir como mínimo 65 años para pertenecer a la población adulta mayor.

Al disminuir la mortalidad un mayor número de personas sobrevive hasta edades adultas y un mayor número de personas sobrevive hasta edades avanzadas. La esperanza de vida aumentó durante el siglo pasado desde 46,9 años en 1930 hasta 77,7 años en 2000 y, actualmente, es de 79,2 años. Esta mayor sobrevivencia de las personas tiene que ver con el aumento de la población de 65 y más años. En primer lugar, más personas llegan a cumplir 65 años porque aumenta la proporción de personas que sobreviven desde el nacimiento hasta los 65 años, es decir, en 1950, 53% de los hombres y 56 % de las mujeres sobrevivían desde el nacimiento hasta los 65 años. En 1980, 75% de los hombres y 85% de las mujeres llegaban al cumpleaños 65. Actualmente esa misma proporción es de 83% para los hombres y de 90% para las mujeres. El cambio se debe al cambio de la mortalidad de las edades jóvenes y en particular al cambio de la mortalidad infantil. Esta se redujo desde 137 muertes de menores de un año por cada mil nacidos vivos en 1940 hasta 68,4 en 1970, a 19,9 en 1980 y actualmente es de 10 por cada mil nacidos vivos.

Pero también ha aumentado la esperanza de vida de las personas mayores de 65 años (gráfico 1.2): una vez que las personas cumplen 65 años, viven más años, lo que también aumenta

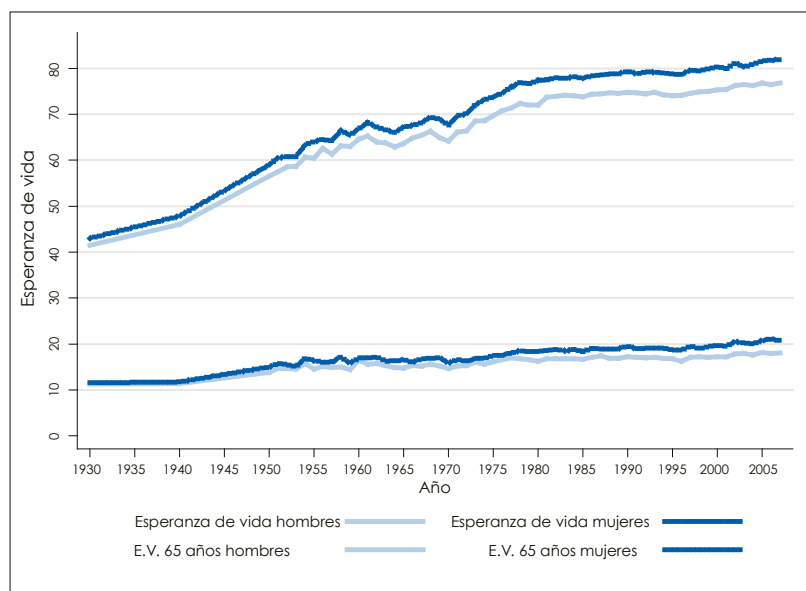
el número de personas de 65 años y más en la población. Así, por ejemplo, en 1950, dadas las condiciones de mortalidad, de cada cien hombres que cumplían 65 años, 24 sobrevivían hasta los 85, y de cada 100 mujeres, sobrevivían 28. Treinta años más tarde, en 1980, de cada 100 hombres que cumplían 65 años, 35 llegaban a cumplir 85, y 45 de cada 100 mujeres. Hoy, de cada cien hombres de 65 años, 43 pueden esperar vivir hasta los 85, y 56

Gráfico 1.1: Población total del país y población de 65 años y más (1950-2050)



Fuente: elaboración propia con base en las proyecciones de población CCP-INEC

Gráfico 1.2: Esperanza de vida (1930- 2007)



Fuente: elaboración propia con base en CCP <http://ccp.ucr.ac.cr/observa/CRindicadores/>

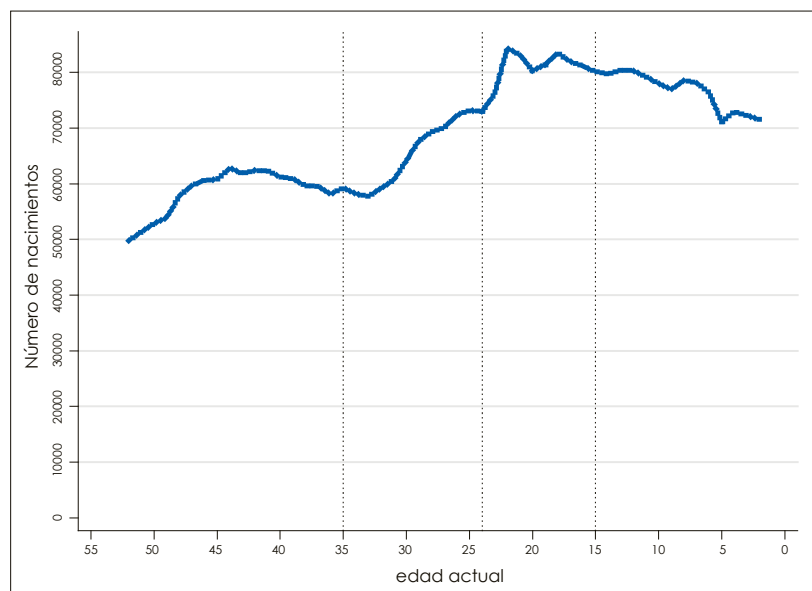
de cada 100 mujeres. Esto quiere decir que, así como se acelera el número de personas de 65 y más años, aumenta la proporción de personas adultas mayores de edades avanzadas.

Una segunda razón del aumento de la población de personas adultas mayores y en particular del que tendrá lugar en los próximos años, obedece a la natalidad que tuvo el país en décadas pasadas. En la década de 1950, cuando nacieron una proporción importante de quienes cumplirán 65 años en los próximos veinte años, hubo un aumento de la natalidad. La tasa bruta de natalidad o el número de nacimientos por cada mil personas durante toda la década estuvo por encima de los 45 por mil. Este aumento de la natalidad se originaba en un aumento considerable del número promedio de hijos por mujer que llegó a alcanzar los 7,1 hijos por mujer a principios de la década de los sesenta. A su vez, cuando estas personas que pertenecían a generaciones más grandes empezaron a tener hijos se produjo otra expansión del número de nacimientos. Esta vez eran menos hijos por mujer pero un número mucho mayor de mujeres con hijos. Esto quiere decir que quienes empezarán a cumplir 65 años, dentro de 30 años pertenecerán a generaciones cada vez más grandes. El gráfico 1.3

muestra el cambio en el número de nacimientos que tuvo lugar en el país desde 1955.

Un tercer aspecto del envejecimiento poblacional explica por qué hay un porcentaje creciente de personas adultas mayores en la población total. Por un lado, por las razones explicadas, hay un número mayor de personas de 65 y más años. Pero también porque, como consecuencia de la reducción del número de hijos que tienen las mujeres en promedio, el número de nacimientos anuales ha empezado a disminuir desde hace más de una década. La tasa global de fecundidad, o el número de hijos que en promedio tienen las mujeres, disminuyó desde 7,1 en 1961 hasta 3,6 en 1976. Después de un periodo sin cambios significativos, disminuyó desde 3,5 hijos por mujer en 1986 hasta la actual de 1,96 hijos por mujer. Esta es una tasa por debajo del nivel de reemplazo pero ello no quiere decir que la población dejará de aumentar aunque lo hará cada vez menos. En otras palabras, el porcentaje de personas adultas mayores aumenta porque se suman más personas a quienes tienen 65 y más años pero menos personas al total de la población (los nacimientos). Esta disminución tiene como resultado que las edades adultas y las personas adultas mayores aumenten su importancia relativa en la población.

Gráfico 1.3: Número de nacimientos ocurridos en el país (1955 - 2007)



Fuente: elaboración propia con base en <http://ccp.ucr.ac.cr/observa/CRindicadores/>

Las implicaciones de los cambios en la estructura por edad

El descenso del número de hijos que tienen las mujeres y el aumento en la esperanza de vida modificaron de manera importante la estructura por edad de la población. Este paso de altos a bajos niveles de mortalidad y natalidad tiene repercusiones sobre el peso relativo de los distintos grupos de edad (gráfico 1.4).

Durante mucho tiempo la preocupación sobre la población se centró en las tasas de crecimiento, con la idea de que constituía un aumento de la presión sobre los recursos.

La preocupación se centraba en el aumento de población que se producía al bajar la mortalidad cuando la natalidad era todavía alta.

No obstante, a medida que en muchos países se ha completado el paso de altas a bajas tasas de natalidad y mortalidad, y ha disminuido el crecimiento, se ha visto que, después de una disminución de la fecundidad, el cambio en la estructura por edad de la población puede tener beneficios importantes para la economía.

Los cambios de la estructura por edad se relacionan con la proporción de personas en grupos de edad que tienen distinta vinculación con la economía. Se puede distinguir tres grupos que influyen en las posibilidades de desarrollo del país: la población de menores, la población en edad de trabajar y la población de personas adultas mayores, que se representan en el gráfico 1.4. Se pueden distinguir tres momentos: en un primer período, ocurrió un incremento importante de la población de menores, producto de un aumento de la fecundidad ocurrida en la década de 1950. En un segundo momento, empieza a aumentar la población en edad de trabajar, y en un tercer momento empieza a aumentar aceleradamente la población de personas adultas mayores.

Esos tres momentos se pueden ver también en términos de la relación de dependencia demográfica. La medida relaciona la población en edad de trabajar con la población en edades en que hay una alta proporción de dependientes: primero aumentó hasta llegar a una relación de 100 personas dependientes por cada 100 personas en edad de trabajar. Eso empezó a disminuir a medida que empezaron a disminuir la fecundidad y la mortalidad. Actualmente existen en la población aproximadamente 48 personas en edades dependientes por cada 100 en edad de trabajar. Ese aumento del número de personas en edad de trabajar potencialmente tiene consecuencias importantes para la economía, y es lo que se conoce como

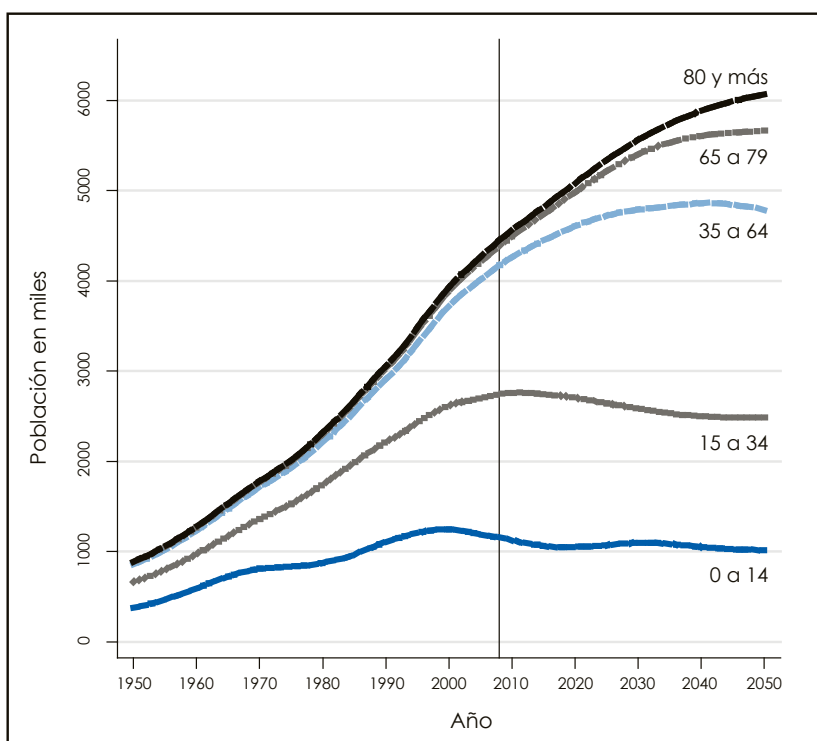
primer bono demográfico, el cual se describe más adelante.

A medida que disminuye la fecundidad, deja de aumentar la población en edad de trabajar. El origen de eso está en que menos personas están cumpliendo 15 años y más personas están cumpliendo 65 o están saliendo de la población en edad de trabajar, de manera que el número de dependientes vuelve a aumentar. En esta etapa los dependientes son cada vez más los de 65 y más años y menos los menores de 15. La población adulta mayor tiene en esta etapa un crecimiento acelerado, tal como se muestra en el gráfico 1.5.

Una de las consecuencias importantes del cambio de la relación del tamaño de las generaciones tiene que ver con las posibilidades de apoyo a la población adulta mayor. Actualmente hay aproximadamente 10 personas en edad de trabajar por cada persona adulta mayor.

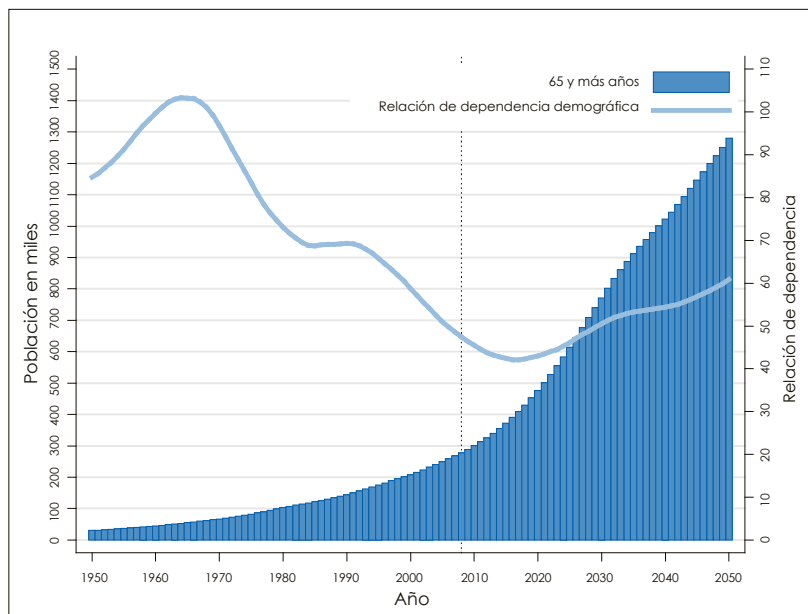
Una forma más directa de ver esto es mirar la relación entre la población adulta mayor y la población 25 años

Gráfico 1.4: Cambio en los distintos grupos de edad (1950- 2050)



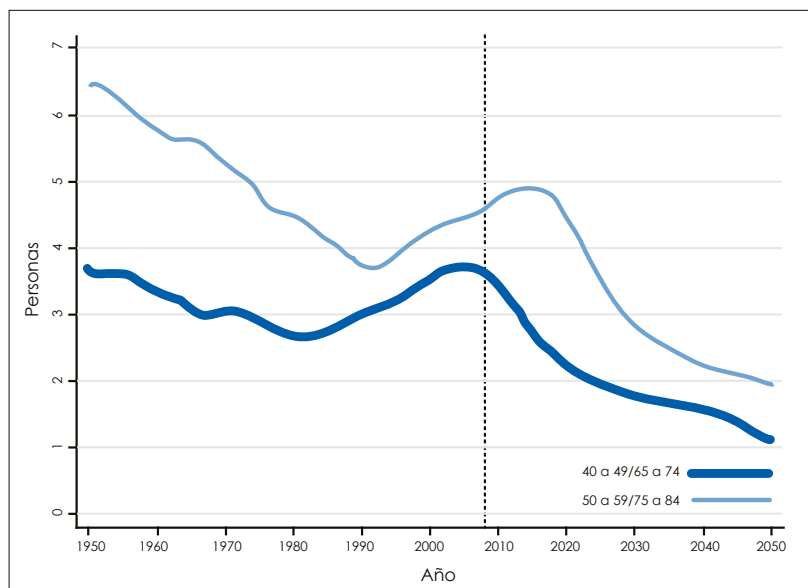
Fuente: elaboración propia con base en las proyecciones de población CCP-INEC

Gráfico 1.5: Relación de dependencia y aumento de la población de personas adultas mayores



Fuente: elaboración propia con base en las proyecciones de población CCP-INEC

Gráfico 1.6: Cambio de la relación entre la población adulta mayor y las generaciones más jóvenes



Fuente: elaboración propia con base en las proyecciones de población CCP-INEC

menor. Tal como se puede ver en el gráfico 1.6, esta relación disminuirá rápidamente en el futuro. Ello se debe, por un lado, a que las familias son cada vez más pequeñas y también a la diferencia en el tamaño de las generaciones. En virtud de que el apoyo a las personas adultas mayores proviene sobre todo de la familia inmediata y de las hijas (véase capítulo 5), la relación que se muestra

en el gráfico implica posibilidades de recibir apoyo directo cada vez menor para las futuras generaciones de adultos mayores.

Los bonos demográficos: una oportunidad para el desarrollo

El período en que aumenta la población en edad de trabajar es lo que se ha denominado bono demográfico. El primer bono demográfico se origina en que, mientras esté aumentando la población en edad de trabajar, hay un mayor número de productores efectivos que de consumidores efectivos. Esto, a su vez obedece a lo que se denomina la economía del ciclo vital, o sea, las etapas por las que atraviesan las personas y las diferencias de su vinculación con la producción y el consumo. En este ciclo, básicamente hay tres etapas: una en que las personas crecen y, generalmente, estudian, viven con sus padres, y dependen económicamente de otros miembros del hogar. Otra, en que las personas se integran al sistema productivo del país, cubren el consumo de los otros miembros del hogar que no tienen fuentes de ingreso y, en el caso ideal, toman provisiones para la edad adulta mayor por medio de la cotización a un fondo de pensiones, acumulan activos o ahorran de alguna manera. En una última etapa, las personas salen del sistema productivo e, idealmente, viven del ahorro logrado durante sus años de trabajo.

El siguiente gráfico provee una estimación de estas tres etapas para Costa Rica. Las estimaciones muestran que el período en que las personas producen un superávit entre lo que producen y lo que consumen, es de aproximadamente 33 años y abarca desde los 24 hasta los 57 años (gráfico 1.7).

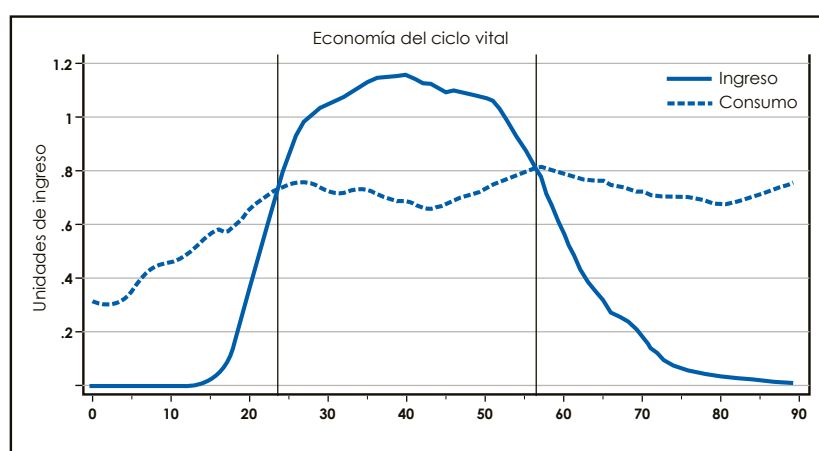
El primer bono es el que se produce cuando aumenta la población en edad de trabajar, es decir, en las edades en que hay un superávit (gráfico 1.8). Por un lado, se producen beneficios para los hogares: hay más perceptores de ingresos y las familias son, en general,

más pequeñas. Así se amplían las posibilidades de una mayor educación y una permanencia más prolongada en las edades todavía no productivas. Por otro lado, hay también un beneficio fiscal, ya que se amplía la base de contribuyentes efectivos con respecto a los receptores efectivos de transferencias del gobierno. Estos beneficios son los que disfrutamos desde hace casi dos décadas y se empezarán a acabar después de los próximos 15 años. El dividendo familiar ha sido y es mayor que el fiscal y también será más prolongado. Los hogares costarricenses actuales deberían estar aumentando su bienestar por efecto del dividendo o bono demográfico exclusivamente. El dividendo familiar se extinguirá aproximadamente dentro de diez años, cuando en los hogares dejará de aumentar el número de perceptores y aumentarán las personas que salen de la fuerza de trabajo. El segundo bono se asocia con el momento en que empieza a aumentar la población adulta mayor, la cual comienza a disponer de sus ahorros o a recibir transferencias ante la disminución de sus ingresos laborales para hacer frente a los gastos propios de la edad adulta mayor. Si una alta proporción de las personas adultas mayores ha tomado provisiones, en la economía se produce un aumento del capital por trabajador y, por ende, mejores posibilidades de crecimiento.

Buena parte del perfil por edad de la economía del ciclo vital depende de las condiciones macroeconómicas de un país, la existencia de programas públicos de pensiones y de salud y educación, así como de la estabilidad institucional de estos programas. Aún cuando las familias se hacen más pequeñas y tienen mayores perceptores, la ausencia de programas públicos adecuados puede disminuir la potencialidad de los beneficios. Un ejemplo de eso se vio en el país la década de 1980, cuando se experimentó un aumento considerable de las personas en edades escolares. Esas generaciones muy grandes originaron una gran presión sobre el sistema educativo, que no pudo ampliar la cobertura al ritmo necesario. Los años coincidieron,

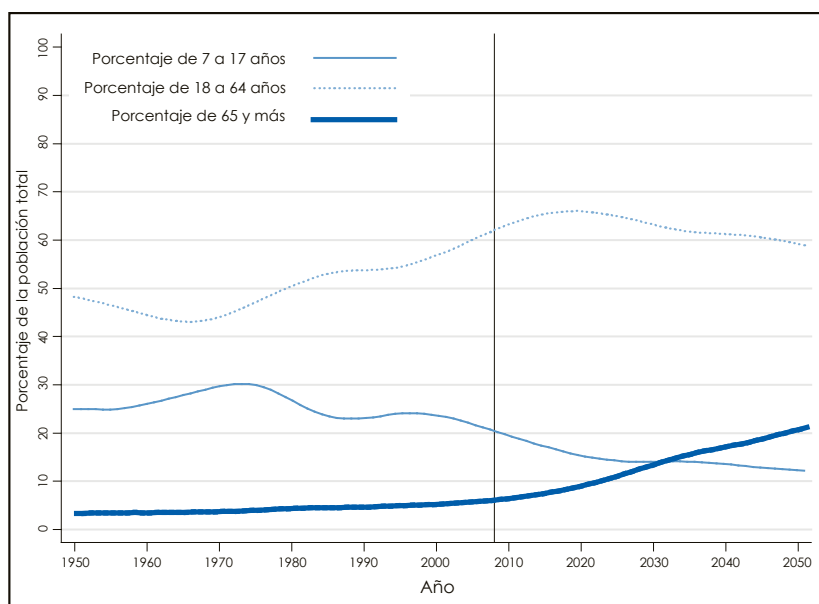
además, con un estancamiento del gasto público en educación. Como consecuencia, el aumento de la escolaridad promedio de la población se interrumpió. Hasta la generación de los nacidos alrededor de 1960, todas las generaciones anteriores tenían en promedio una escolaridad más alta que sus mayores. Este aumento se produjo porque, aun cuando había bajado el número promedio de hijos por mujer y continuaba bajando, las mujeres en edades reproductivas eran parte de la generación nacida en los años de mayor fecundidad en el país y, por lo tanto, sumamente numerosas.

Gráfico 1.7: La economía del ciclo vital



Fuente: Rosero y Robles, 2008

Gráfico 1.8: Proporción de personas en edad escolar, de 18 a 64 años y de personas adultas mayores



Fuente: elaboración propia con base en las proyecciones de población CCP-INEC.

El segundo dividendo tiene que ver con la productividad de la fuerza de trabajo y, por ende, con lo que ocurra con empresas y productores; en esto hay una posibilidad de aprovecharlo, si bien el rezago de la inversión en capital humano que acumuló el país puede pesar en los años futuros. La importancia relativa de los más jóvenes en la fuerza de trabajo está disminuyendo y lo hará aún más en el futuro, por lo que las posibilidades de renovar rápidamente las características de la fuerza de trabajos son muy limitadas. La vinculación del proceso de envejecimiento con las posibilidades de desarrollo del país se basa en consideraciones posibles. Su materialización requiere un conjunto de políticas públicas que permita que la propensión a ahorrar, como mínimo, se mantenga constante, o que aumente ante la percepción de mejoras en la esperanza de vida. Algunas de estas políticas tienen que ver con la solidez de los sistemas de pensiones, los mercados de capitales que posibiliten los ahorros, y la existencia de programas de vivienda o de mercados de bienes raíces que no discriminen a los pequeños ahorrantes. Estas políticas, por acertadas que sean, no bastan por sí solas, pues su éxito depende del logro que en realidad puedan obtener las personas durante sus

años de preparación y de participación en el sistema productivo. En otras palabras, son políticas que estimulan y hacen posible la previsión a largo plazo de las personas y de las familias.

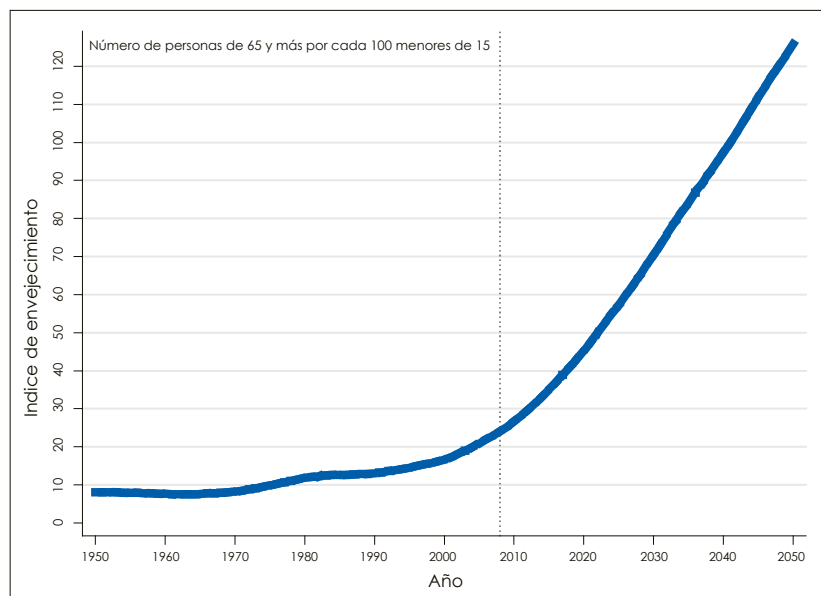
Los cambios que se pueden esperar

Los cambios antes descritos ocurrirán de manera muy rápida en el país, tal como lo muestra el índice de envejecimiento poblacional (gráfico 1.9). Esta situación es inédita por cuanto hay pocas experiencias históricas hacia las cuales mirar. Por un lado, en los países desarrollados este proceso de envejecimiento ocurrió a lo largo de varias décadas. Por otro lado, los países en desarrollo aún no llegan a igualar la importancia relativa de la población de personas adultas mayores de los países desarrollados.

Algunas consecuencias son evidentes. Una es el aumento de las personas de mayor edad en la población adulta mayor. Las personas de 80 y más años tienen mayores necesidades de atención de salud y tienden a usar más los servicios de salud. Igualmente, estas personas ya han dejado de trabajar y, por lo tanto, dependen de sus ahorros (pensiones contributivas u otra forma), del apoyo de la familia o de las transferencias del gobierno. Hasta ahora, en el caso de Costa Rica, estas últimas han sido generosas, y los recientes aumentos en el régimen de pensiones no contributivas tuvieron un impacto importante sobre la condición de los hogares con personas adultas mayores. En virtud del aumento de la población de personas adultas mayores, en los próximos años no se puede pensar en soluciones similares o, por lo menos, no en gran escala.

Otra consecuencia conocida es la disminución del número de personas que entra a la fuerza de trabajo. La productividad de estas personas resulta clave para el crecimiento futuro y es una forma de mitigar los posibles impactos del envejecimiento

Gráfico 1.9: Velocidad del envejecimiento poblacional



Fuente: elaboración propia con base en las proyecciones de población CCP-INEC.

poblacional y de una gran cantidad de personas en proceso de salida de la fuerza de trabajo. El capital por trabajador aumentará, por un lado, por el solo efecto de un menor ritmo de crecimiento de la población en edad de trabajar. Otro incremento, tal como se señaló, proviene del uso de los ahorros por parte de la población adulta mayor.

Este último cambio en la fuerza de trabajo también produce una disminución de la cantidad de población que paga impuestos, cotiza al seguro social y un sistema de pensiones. En otras palabras, los ingresos del gobierno pueden reducirse en momentos en que se requiere una ampliación de servicios. Una forma de prevenir este cambio, por un lado, es mejorar las características de la fuerza de trabajo, de tal manera que una gran proporción tenga acceso a empleos formales y bien remunerados. Adicionalmente, también se puede ampliar la entrada a la fuerza de trabajo. Es posible lograrlo por medio de un aumento de la participación de las mujeres. Para ello, sin embargo, se requiere solucionar las causas por las cuales las mujeres no entran a la fuerza de trabajo. Una, por ejemplo, es la ausencia de redes formales y el cuidado de otros miembros

del hogar, ya sea de menores o personas adultas mayores.

No obstante lo señalado, no hay, en realidad, razón para pensar que el envejecimiento poblacional se trata únicamente de consecuencias negativas para el futuro desarrollo del país. Todo depende tanto de políticas como de comportamiento de las personas. En lo que respecta a las políticas, ya se señaló la importancia de una política fiscal que permita a las personas el ahorro. Desde el punto de vista del comportamiento, ante la mayor esperanza de vida y el aumento del número de años que se viven después del retiro de la fuerza de trabajo, es de esperar que las personas tomen provisiones y aumenten su ahorro. Es difícil que eso ocurra, sin embargo, en ausencia de un sistema de pensiones sólido o de incentivos para mantenerse en la fuerza de trabajo, particularmente en el caso de las mujeres. Igualmente, la ausencia de crecimiento de los empleos formales atenta contra cualquier cambio de comportamiento que genere más ahorro. En general, el país todavía tiene amplias oportunidades de beneficiarse del cambio demográfico si las políticas toman en cuenta los cambios producidos por el envejecimiento poblacional.



Este capítulo se basa en partes de los siguientes estudios:

- Rosero Bixby, Luis y Robles, Arodys. (2008). Los dividendos demográficos y la economía del ciclo vital en Costa Rica. Papeles de Población 14(55): 9-34.
- Robles, Arodys. (2008). Cambio demográfico, inversión social y diferencias generacionales en Costa Rica. En. Notas de Población N. 82. Pp.69-94 2007

La información utilizada proviene de

- Centro Centroamericano de Población, Instituto Nacional de Estadística y Censos, Estimaciones y Proyecciones de Población por sexo y edad (cifras actualizadas) 1950-2050. San José, C.R.: Instituto Nacional de Estadística y Censos. 2008
- Centro Centroamericano de Población. Indicadores Demográficos. En <http://www.ccp.ucr.ac.cr/observa/CRindicadores/index.htm>

Se agradecen los comentarios de

- Gilbert Brenes.

Se agradece la colaboración de

- Bertha Mora Jiménez en la preparación de información.

La edición del capítulo estuvo a cargo de

- Arodys Robles.